

Una oscura cueva

(A propósito de estos 500 años)

Mayleth Echegollen Guzmán

Es que esa cueva era terriblemente oscura -insistía su amiga- la hubieras visto, tendría que verla para admitir que es cierto. Tú no me crees, piensas que exagero.

- No, no es eso, sólo que eres demasiado impresionable, cualquier cosa te destantea.

Mientras decía esto, accionaba la palanca de las luces intermitentes para tratar de estacionarse. Era un espacio pequeño, ni modo, no había otro, a las diez de la mañana en Montevideo era casi imposible encontrar un lugar. Se dirigían al Vip's que estaba justo en esa calle. Ella había recogido a su amiga en la estación del metro de ese mismo nombre para ir a desayunar.

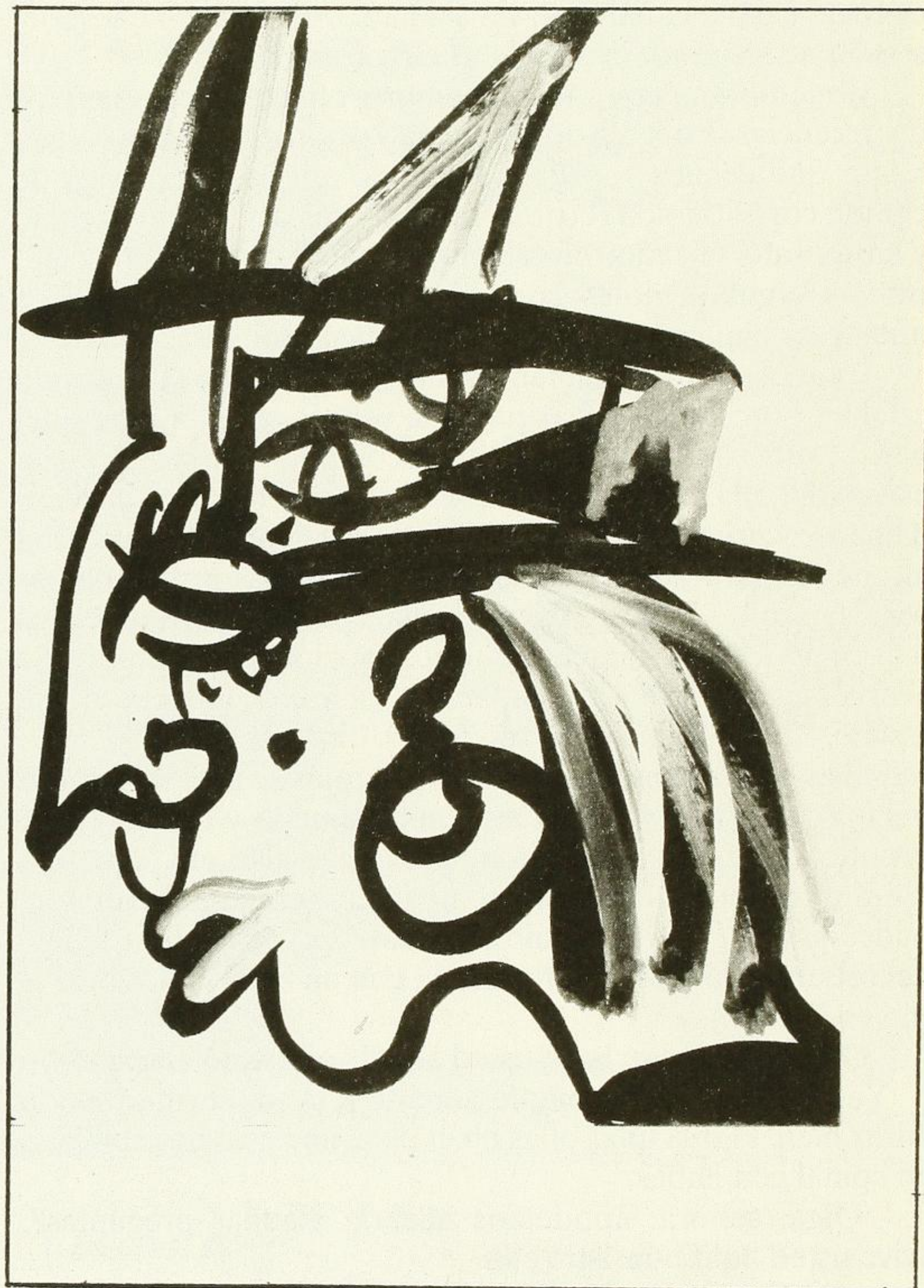
Se disponían para la reunión que semana a semana celebraban para ponerse al corriente de los hechos, pues llevaban un mutuo minucioso inventario de sus actividades cotidianas. Existía entre ellas una corriente de comunicación poco usual, a pesar de ser tan diferentes, de modo que se parecían a esos viejos matrimonios cuyo diálogo podía establecerse a través de un monosílabo o una seña.

Descendieron del auto y se encaminaron hacia el restorán. Una vez instaladas, su amiga miró con tristeza la carpeta del menú.

- Me siento culpable -dijo- de darme estos lujos cuando existe tanta gente necesitada, es verdaderamente una injusticia... creo que ya se me quitó el hambre.

-¡Aysh!, ¿no te digo?- le increpó ella- ahora ya no vas a poder ni desayunar. Si realmente quieres ayudar, piensa en algo práctico- concluyó burlona y se puso a mirar el menú, no sin sentir cierta inconfesable incomodidad. Algo, algo de lo que relataba su amiga la remitía a otros hechos. Pero ella hubiera preferido no recordar.

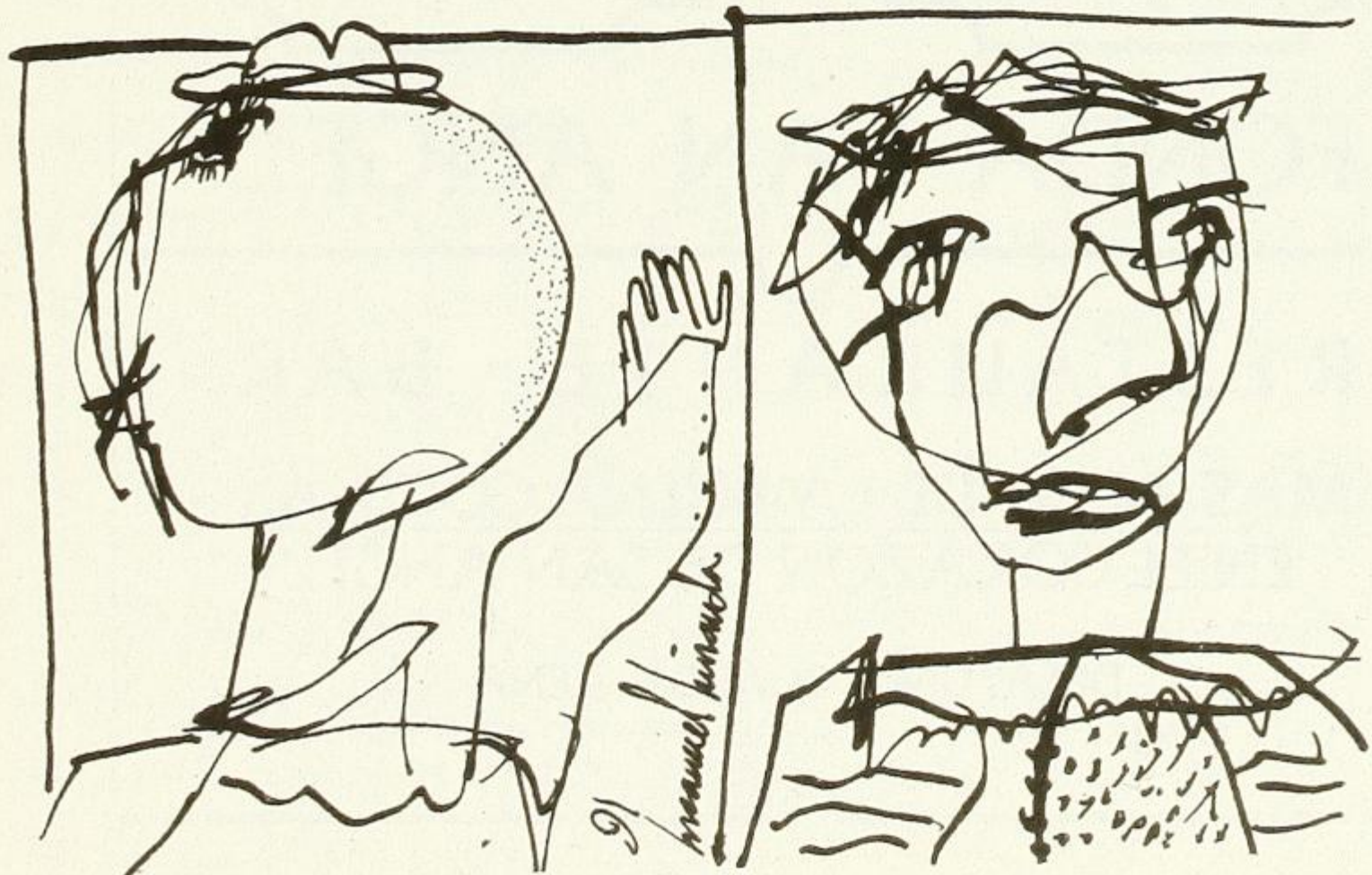
Había sucedido cuando era estudiante de los primeros semestres de la carrera, era su primera práctica de campo y



ella se sentía tan emocionada y tan inconsciente como cuando iba a alguna de esas excursiones de la iglesia. Estudiar la carrera era para ella una aventura tan perfecta y tan infantil como todo lo que había emprendido hasta entonces.

Y no es que fuera una niña consentida de papá, como esas chicas bien vestidas que parecían llegar, no a la facultad, sino a un desfile de modas. No, tal vez era un poco lo contrario y por eso se había acostumbrado a mirar sin mirar, como para no asombrarse; a tocar sin tocar, como para no contaminarse; a oír sin oír, como para no estremecerse. Y pasaba por la vida como por encima, sin poder descender del todo, sin lograr colocar los pies sobre la tierra.

Habían llegado al municipio de Lerma en el Estado de México, se habían sentado en la placita mientras la coordinadora del taller hacía los arreglos con el auxiliar de la presidencia. Luego los habían asignado, a ella y a su equipo, a uno de los barrios aledaños para que levantaran ahí una encuesta a la población, unas cien o ciento cincuenta personas.



Ella estaba preparada, con su sombrero para el sol, sus zapatos con suela de goma para el barro, sus pantalones de mezclilla porque así se usaba y su libreta de apuntes. Así, se lanzó alegremente a la nueva aventura, fue casa por casa haciendo preguntas, mirando casi desconcertada las miserables chozas de los indios. Eran otomíes y el diálogo era a veces muy difícil, sobre todo cuando no se encontraba "el señor de la casa", pues las mujeres solas se negaban a hablar, en parte porque así se acostumbraba y en parte porque apenas conocían algunas palabras de español. Ella aun sin quererlo, se sentía sorprendida ante tales circunstancias.

Al medio día, con mucha hambre, ella y sus compañeros conferenciaron acerca de la comida y decidieron pedirle a una mujer que echaba tortillas ahí cerca, que les diera algo de comer, con la debida retribución económica; la mujer accedió y en un rato se sentaron, algunos en un petate y otros en el piso, a comer frijoles con salsa y tortillas calientes. Ella mientras comía, se había quedado pensativa.

Al caer la tarde ya habían visitado todas las chozas. Cuando estaban por irse, al pasar por una vereda, ya a la salida del barrio, advirtieron una chocita escondida que se les había escapado; ella y otra compañera se aprestaron, pero al llegar llamaron varias veces sin que nadie respondiera. Buscaron alrededor para ver si por ahí andaban los dueños y fue entonces cuando la vio, justo frente a ella, (pero ¿qué es eso?, ¿es una cueva?, sí, es una cueva, ¡que emoción, que rareza!). Se acercó seguida por su compañera, (mira, es una cueva), se asomó, (¡qué oscuro!, no veo nada), dio unos pasos adentro, (¿qué es esto?, parece una vasija), sus ojos se acostumbraron poco a poco a la obscuridad, (qué húmedo y qué frío); de pronto, un vuelco en el estómago, (se ve algo ahí, ¿qué es? ¿será un animal?, ¡hey, parece una persona!); para entonces pudo mirar mejor, distinguió algunos trozos de la blusa debajo del rebozo: era una mujer sentada con un bebé en los brazos (no es posible).

- Oiga, oiga, ¿qué hace usted aquí? -preguntó alarmada.

Ya acostumbrada completamente a la obscuridad, pudo mirar bien. Había unas ollas en el piso, un cesto de semillas y un comal con habas.

- Oiga, señora. ¿podemos hacerle algunas preguntas?, ¿vive usted aquí? -insistió ella.

La mujer no contestó, miraba al frente hierática, balanceándose levemente hacia adelante, (¡Dios, ¿cómo puede vivir aquí? ¡, no puede ser).

- Señora, señora ¿podemos hablar con usted? -repitió su compañera sin mucha convicción.

Por toda respuesta, la mujer alzó el brazo en un movimiento rápido y repetitivo indicando que nos fuéramos.

- Pero señora -volvió a insistir ella- ¿quiénes viven aquí?, ¿sólo usted y su bebé?, ¿también su esposo?

La mujer hizo el mismo movimiento ahora acompañado de unos sonidos ininteligibles.

- Vámonos -le dijo su compañera- vámonos.

Ella estaba pegada al piso, no podía apartar los ojos de aquel cuadro, (Dios, ¿será cierto?, ¡ella está ahí con un bebé en los brazos!).

- Vámonos -volvió a decir su amiga, alejándose- ya los demás se fueron. Vámonos.

Se quedó todavía unos minutos contemplando. La mujer volvió a la pose de antes, reanudando el balanceo. Por fin dio

unos pasos para atrás sin dejar de mirar, (hay que hacer algo, hablar con alguien, sacarla de aquí, conseguirle una casa... no es posible, Dios, Dios...).

Se echó a correr para alcanzar a su equipo. El polvo del camino se le adhería al sudor del cuello y de la cara. Antes de acabar de irse, sobre la vereda principal, se dio la vuelta y miró atrás; desde ahí no se veía la cueva, sólo un montículo de tierra entre los árboles. Se volvió y siguió corriendo y durante mucho tiempo aquella imagen le golpeó el recuerdo y de vez en vez, cuando sentía no tener asideros en el mundo, aquel cuadro violento, casi obscuro, le nublabla la vista y le devolvía los sentidos.

Ahora, frente a su amiga, ese suceso olvidado, archivado en algún rincón de su escéptico, casi cínico cerebro, se hacía presente. ¡Cuántos años habían pasado desde entonces, cuántos fracasos se habían venido a instalar en su alma siempre infantil e inmaculada, cuántos ideales deshauciados le habían dejado el corazón vacío!

- Tienes razón -le dijo a su amiga- a mi también ya se me quitó el hambre, mejor vámonos.

Ese mismo día, más tarde, llegó a su cómodo departamento, echó a un lado los tacones y se sentó frente al ventanal mientras comía sus galletas dietéticas. En ese mismo instante se dio cuenta que aquella pobre mujer, escondida en una cueva con un bebé en brazos, podría haber salvado su vida hacía ya quince años. Tal vez si no hubiera corrido detrás de sus amigos, tal vez si hubiera tomado en serio, no la obscuridad, el olor, la tragedia de la cueva, sino su propio estupor, su propio horror e incredulidad al encontrarse con aquella realidad.

Tal vez no todo estaba perdido, tal vez no era tan tarde, pensó, mientras miraba descender el sol del crepúsculo. ☾



FONDA SAN ANGEL

RESTAURANTE · BAR

**MAS ALLA DE LA BUENA COCINA...
EN EL CORAZON DE SAN ANGEL**

DESAYUNO · COMIDA · CENA
PLAZA SAN JACINTO 3. SAN ANGEL, MEXICO TEL 548 75 68